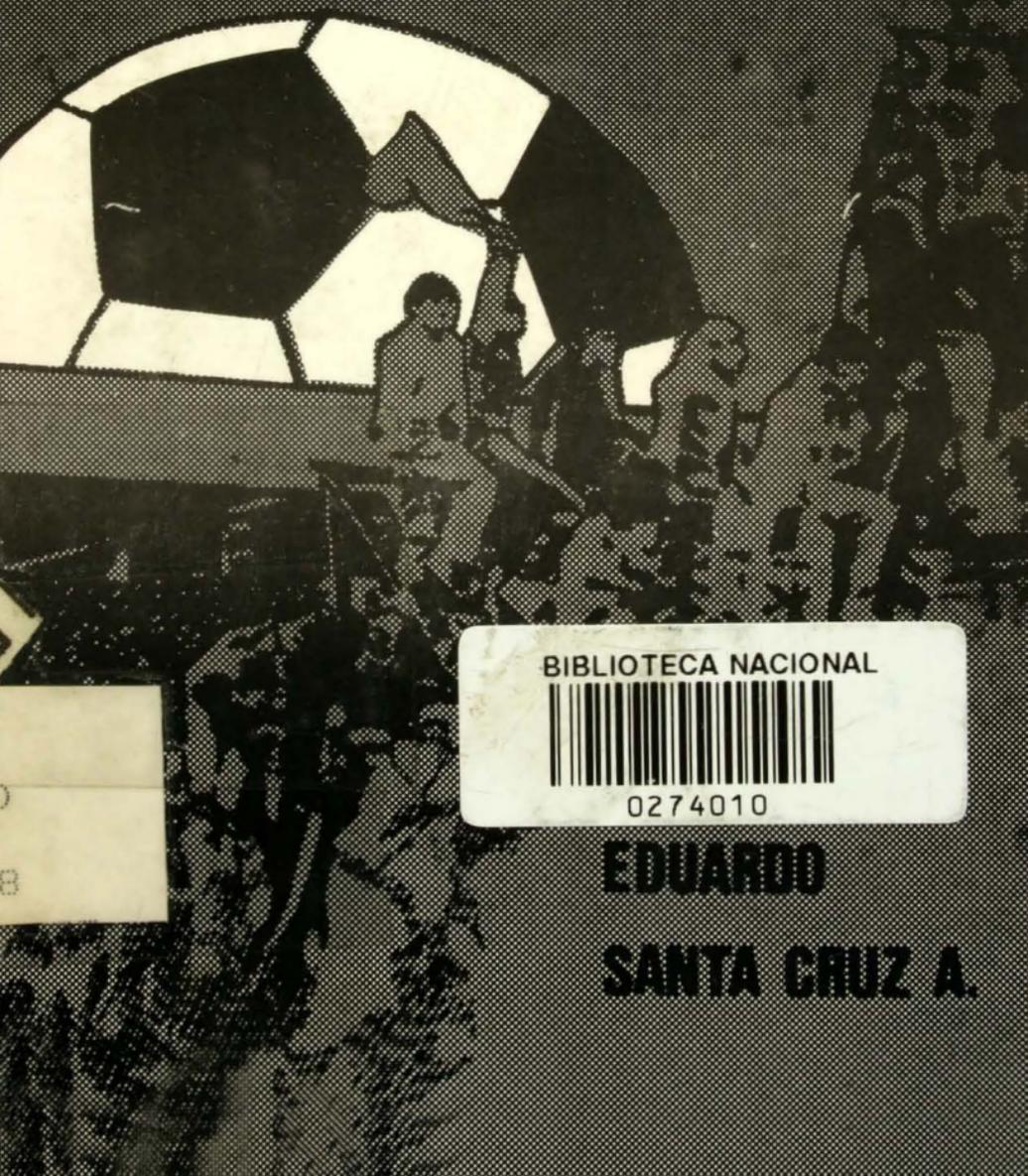


**CRONICA DE UN
ENCUENTRO
FUTBOL Y CULTURA POPULAR**



BIBLIOTECA NACIONAL



0274010

EDUARDO

SANTA CRUZ A.

general. No es extraño que después de 1973 dicha publicación entrara en una crisis irreversible que la haría desaparecer. A través de 40 años no es posible encontrar en sus páginas campañas orquestadas y sistemáticas con fines inconfesables, ya sea ideológicos o de ganancia fácil. Por el contrario, un sector importante del periodismo deportivo, especialmente aquel perteneciente a los medios obscuros y voceros del régimen dictatorial se caracterizaron en estos años por el uso y abuso de todos los mecanismos manipulatorios orientados a alguno o ambos fines antes señalados.

Manipulación y Violencia

En ese sentido, mencionamos ya también la participación de la prensa en la campaña que creó las condiciones previas a la intervención de Colo-Colo, por parte del régimen militar y su entrega al grupo BHC. Los procesos de eliminatorias para los Mundiales de Fútbol han sido ocasiones propicias para el desarrollo de orquestaciones, apelando al chauvinismo nacionalista, llegando a extremos ridículos como en el proceso eliminatorio para "España 82". Son muy pocos los sectores de prensa que no participaron de este gran coro, en lo cual el fútbol no constituyó una excepción, si consideramos lo que fue, en general, la prensa uniformada en esos años. Lo sucedido

con las eliminatorias para el Mundial de Italia y todo lo relacionado con los métodos usados para intentar lo que nadie ha conseguido, dejar a Brasil fuera de un torneo de ese tipo, no fue sino la culminación de una etapa que la prensa deportiva nacional debe superar.

Porque la manipulación no se ha dado sólo en grandes ocasiones, sino que es permanente y constituye en algunos casos, ya un estilo. Se sobrevaloran las capacidades de tal o cual jugador, técnico o equipo y se condena a la oscuridad a otros; se sobredimensionan la importancia de encuentros o competencias, llegando a veces a lo grotesco; se infla la popularidad de algunos de manera artificial; se ocultan hechos o se es cómplice de otros, etc. Esta prensa que afirma hoy lo que negará mañana, ha usado en sus propósitos manipuladores fundamentalmente el mecanismo sensacionalista, viejo recurso que asegura ventas rápidas y ganancia fácil.

Como es sabido, el sensacionalismo no se define por el despliegue de grandes titulares o por el uso indiscriminado de adjetivos y superlativos, los cuales constituyen elementos formales de una cuestión más profunda cual es que "... el hecho, el acontecimiento que hace noticia y que permite vender y competir, queda aislado de otros hechos que lo preparan y permiten su existencia, queda separado, a su vez, de la multitud de actores que la gestaron (...) un suceso cuyo nacimiento es semejante a aquel de la callampa, es decir, sin raíces (...) Hecho noticioso-insólito- en contra de la naturaleza de las cosas- fuera de toda normalidad- fuera del tiempo y del espacio; separado del futuro y del pasado, se torna en un presente efímero y anecdótico. Tiene el carácter transitorio de todo objeto de consumo" (150).

El diario, entonces, vale por el momento; el día siguiente ya está obsoleto; el ejemplar que aparece mañana no necesita del que apareció ayer para ser comprendido. Una vez consumido, puede botarse. El sen-

sacionalismo es el acatamiento a lo que provoca sensación en el instante y precisamente su objetivo ideológico e impedir una visión total y coherente de la realidad y situarlos históricamente y, con ello, valorarlos y enjuiciarlos más acertadamente atendiendo al conjunto de variables en que se inserta.

La realidad anterior ha significado que, de hecho, la mayor parte de la prensa deportiva se ha dirigido a exaltar la adhesión de los "fanáticos" y, de alguna forma, ha contribuido al alejamiento del "aficionado" y mucho más del "espectador". Sus intentos de captar atención masiva hacia el fútbol, dado los procedimientos empleados, han sido sectarios, en el sentido estricto, es decir dirigidos a la minoría convencida y adepta. Por esa vía ha caminado por un estrecho y peligroso sendero, cual es el de incentivar y exaltar, muchas veces en forma desmedida, el fanatismo de unos pocos, sin medir las consecuencias de ello. Así, ha insistido en la necesidad de crear en el hincha la famosa "mentalidad ganadora", para la cual el triunfo debe conseguirse a cualquier costo o aquello de "imponer la condición de local", por cualquier medio. Dicha prédica, al caer en un contexto social como el creado por la Dictadura, que impuso la violencia, la fuerza, la intolerancia y la represión como forma de vida cotidiana, genera las condiciones para que los estadios se convirtieran en espacios para la explosión de la agresividad y la presión social que no tiene cauces de expresión. Probablemente, tenga asidero la acusación de que lo anterior no es casual y que se trató de desviar la energía social contestataria. Sin embargo, cual aprendiz de brujo, dicho sector de la prensa ha contribuido a desatar fuerzas ocultas incapaz de controlar.

El desborde social en los estadios ha tenido, entonces, dos destinos; por un lado, la explicitación masiva de una respuesta política al regimen militar como se señaló en capítulos anteriores y que la prensa y los dirigentes en vano

trataron de ocultar (recuérdese artificios usados en la TV como el cierre de micrófonos exteriores cuando la masa hacía ruidosas manifestaciones antidictatoriales). Por otra parte, en otras ocasiones se ha manifestado como una violencia ciega e insensata contra jugadores, árbitros, barras contrarias, e incluso contra si misma.

No se trata de que la violencia en los estadios chilenos no haya existido antes. Como se apuntó, en el torneo de 1946 y con ocasión del partido Colo-Colo / Stgo. Morning, de la 2a. rueda, jugado en el Estadio Independencia, se produjeron violentos incidentes. El encuentro desde un comienzo estuvo marcado por las acciones fuertes y, a raíz de una de ellas, fue expulsado el jugador Fuenzalida, de Colo-Colo, el cual se negó a abandonar la cancha, provocando la impaciencia y la cólera del público, que terminó por destruir un sector de las tribunas y alambradas, en el marco de un caos general, que dejó heridos y contusos.

En 1968, la hinchada de S. Wanderers provocó incidentes y un principio de incendio en las tribunas del Santa Laura, obligando a suspender el partido con U. Católica. Años antes, la revista "Estadio" denunciaba que "... Dos hinchas de la U. de Chile penetraron al campo para agredir al referee; en Playa Ancha, el árbitro fue herido, después del match y apedreado el micro de los jugadores de rangers; en Santa Laura se repitieron los violentos incidentes de la primera rueda, cuando jugaron Unión Española e Iberia; en el Nacional hubo connatos de agresión Ha vuelto la vehemencia a las tribunas..." (151).

En 1971 hubo incidentes dentro y fuera del Estadio Nacional, con ocasión de un partido por copa Libertadores, entre Unión Española y Estudiantes de La Plata.

En fin, es posible rastrear otros hechos como los anteriores, pero el mismo hecho de que es posible un recuento, nos indica que la violencia constituía más bien

una excepción, que lo habitual en esa época. En cambio, en los últimos años se ha convertido en una práctica mucho más recurrente. Todavía en 1974 se podía caracterizar al hincha chileno diciendo que "...Nuestro público no es agresivo (...) pero el hincha chileno es exigente. no se conforma con cualquier cosa y le pide el máximo a los jugadores. Silba cuando se dejan estar y los anima cuando juegan bien. Son los propios jugadores los que levantan el ánimo al público (...) En general, un público frío y poco aspaventoso..." (152). Cada vez menos dicha descripción corresponde a lo que se observa en las canchas nacionales.

Por otro lado, es sabido que el fenómeno de la violencia en los estadios ha aumentado a nivel mundial y, en ese sentido, se destacan algunas de sus manifestaciones, como son los "hooligans", dentro del fútbol británico, los cuales siembran el terror por todos los lugares por donde pasan. Con ocasión del Mundial de México 86 y, a raíz de los desmanes que provocaron en ciudades y estadios de ese país, se denunció que "... los mantiene el Frente Nacional, que es un grupo político ultranacionalista, que les paga para que hagan disturbios (...) Ellos quieren echar a todos los negros de Inglaterra, por eso la consigna es "A in't no black in the Union Jack" (no hay negro en nuestra bandera). Además no quieren que ingrese a Inglaterra ningún artículo importado..." (153). A raíz de la tragedia que desataron en Bélgica, en la final de la Copa de Campeones de Europa, entre Liverpool y Juventus, se denunció también que "... el Frente Nacional distribuyó panfletos entre la gente de Liverpool para incitarla. Algunos, por ejemplo, decían : "Tu abuelo murió en la guerra, quizás lo haya matado uno de estos malditos italianos". Y varias cosas más" (154).

Algunas de las barras creadas en la década del 80 y aplaudidas por la prédica de cierta prensa, ya que implicarían asumir esa "mentalidad ganadora" han adop-

tado signos externos de los hooligans y una actitud agresiva y provocadora similar. Cuando han protagonizado, con relativa frecuencia, hechos de violencia, de mayor o menor magnitud, esa misma prensa ha rasgado vestiduras, en nombre del espíritu deportivo, intentando ocultar su responsabilidad en la siembra de vientos que han cosechado esas tempestades.

No es casual la ligazón denunciada entre los hooligans y movimientos fascistoides. Si algo caracteriza a una masa fascista es el uso indiscriminado y sin sentido de la violencia, que se convierte en un fin en si mismo. Dado que el fascismo requiere manipular y utilizar masas, para lanzarlas en definitiva, contra si mismas y en defensa de los intereses mas minoritarios, debe ocultar ese fin, reivindicando el valor de la acción por la acción. Por ello, es posible diferenciar en la actividad de las masas aficionadas lo que es una respuesta a la represión del sistema, que, como se ha dicho, se canalizó en los 80 en los marcos de la protesta popular, de lo que es la manipulación de esa energía que lanza agresivamente a un sector de hinchas contra otro. Lo último es funcional al sistema social imperante y al poder. El papel jugado por cierta prensa en este fenómeno obliga a replantear el rol del periodismo deportivo en un fútbol inserto en la perspectiva de la democratización global de la sociedad.